

“SEÑOR Y DADOR DE VIDA”

Creo en el Espíritu Santo



*“Ven, Espíritu Santo,
llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos el fuego de tu amor.
Envía, Señor,
tu Espíritu,
y todas las cosas serán creadas,
y renovarás la faz de la tierra”.*

I. INTRODUCCIÓN

Cuando Pablo y Apolo llegaron por primera vez a Éfeso, encontraron a un pequeño grupo de creyentes. Al preguntarles si después de ser bautizados habían recibido al Espíritu Santo les respondieron: “no sabíamos que había Espíritu Santo” (Hch 19,2). Entonces fueron bautizados en Nombre del Señor y después les impusieron las manos, “quedando llenos del Espíritu Santo”. Entre nosotros tal vez no suceda lo mismo, pero es posible que muchos tengamos una imagen difusa del Espíritu Santo y poca conciencia de su presencia personal en nuestro corazón ni de su acción permanente en la vida del mundo y de la Iglesia.

1. Se busca al Espíritu de Dios

En el mundo en que vivimos, y tal vez sin conocer su nombre, la gente lo busca incesantemente. Hay una conciencia creciente de la importancia del espíritu o de lo espiritual en el desarrollo integral de las personas y los pueblos. Mientras más materialista y más pragmática se pone la vida de la sociedad, más añoramos la realidad profunda del Espíritu de Dios. Claramente no hemos sido creados para vivir por el dinero ni para contentarnos sólo con la abundancia de bienes materiales. La felicidad requiere de algo más profundo, más humano.

Hay quien lo busca en ejercicios espirituales de los más variados, acompañados de un trabajo corporal que permita llegar hasta el fondo de su ser. Hay quien lo busca en experiencias esotéricas, en el tarot, la carta astral, o en la bioenergética, descubriendo la energía espiritual que

efectivamente hay en el cuerpo. Hay quien desea internarse en el mundo de los espíritus buscando contacto con los seres del más allá. Otros entran por los caminos de la meditación trascendental o vuelven su mirada hacia la India y a los infaltables Gurúes dispuestos a iniciarlos en sus prácticas ancestrales. Y no falta gente más insegura que se deja atraer por personalidades sicóticas y por las sectas que se organizan en su entorno. Tal vez, los más sencillos tienden a identificar las “buenas vibras” con la presencia del Espíritu, y ayudan a estimularlas para lograr una buena convivencia.

Nada de esto es de suyo malo, salvo las prácticas que hipotecan nuestra libertad, las que nos alienan del presente o la avidez por poseer el futuro, tratando inconscientemente de ponernos en el lugar de Dios para manejar la historia a nuestro arbitrio.

2. Los nombres del Espíritu de Dios

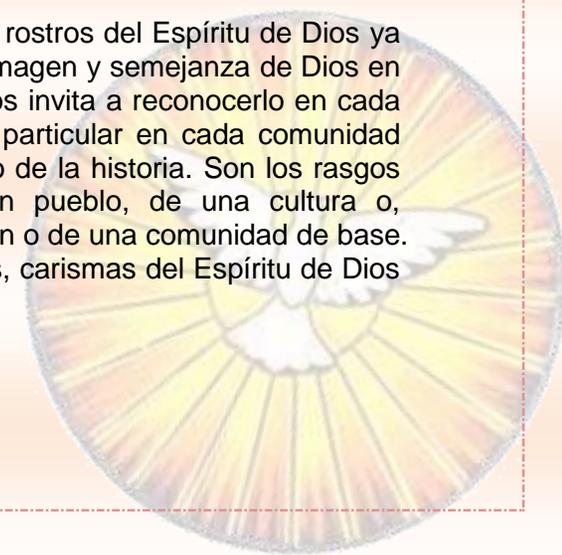
En nuestra catequesis y en la prédica dominical, a veces falta la referencia concreta al Espíritu Santo, y más aún, falta la pedagogía mística de los grandes maestros espirituales de la Iglesia. Es cierto, en Pentecostés y en el Sacramento de la Confirmación le rendimos al Espíritu un justo tributo, pero en el día a día nos resulta más fácil relacionarnos con el Padre o con Jesús, a pesar de ser el Espíritu Santo quien en el presente guía nuestros pasos.

El Espíritu Santo es un don del Padre y del Hijo. Él es el Maestro interior, que nos enseña a orar y nos regala la sabiduría, Él quien pone la Palabra en nuestros labios, especialmente cuando hay contradicción. Él es quien nos

vincula interiormente y nos hace entrar en comunión, valorando la diversidad. Él también quien nos unge con su presencia para que recibamos de lleno el Evangelio. Él quien habita en nosotros como en su Templo y, movidos por su Fuerza interior, hace que partamos a la misión.

Tal vez, parte de nuestra dificultad con la Persona del Espíritu Santo, es que carecemos de una imagen suya, como la tenemos del Padre y de su Hijo Jesucristo. Al Espíritu, en cambio, el Evangelio lo identifica con algunos símbolos: con el viento que nadie sabe de donde viene ni hacia donde va (Jn 3,8); con una fuente de agua que mana hasta la vida eterna (Jn 7,37-39); con el fuego de unas lenguas que se reparten sobre los discípulos (Hch 2,1-4); con una paloma, mensajera de la paz, que desciende sobre Jesús al ser bautizado en el Jordán (Jn 3,21-22). Por eso, da que pensar si tener a una Persona divina sin rostro definido es una distracción de Dios, o bien, una pedagogía suya para que estemos atentos al espíritu de cada ser humano, presencia viva del Espíritu del Señor. Y también para que escuchemos su presencia en la armonía de una melodía o en la palabra inspirada de un poeta.

Bienaventurados sean los mil rostros del Espíritu de Dios ya que Él fue quien imprimió la imagen y semejanza de Dios en cada ser humano. Por eso nos invita a reconocerlo en cada encuentro y en la fisonomía particular en cada comunidad que Él va formando a lo largo de la historia. Son los rasgos propios de una raza, de un pueblo, de una cultura o, simplemente, de una población o de una comunidad de base. Son rasgos únicos, singulares, carismas del Espíritu de Dios



que enriquecen la vida de la Iglesia y nos invitan a la comunión en la diversidad.

Jesús nos regala algunos nombres para conocer más de cerca al Espíritu de Dios: es el “Consolador”, el “Abogado defensor”, “Maestro y Espíritu de la Verdad”, es decir, lo contrario absolutamente al Espíritu del Mal que, aunque se vista de luz para engañarnos, es el “acusador de los hermanos”, el “mentiroso”, el “homicida”, que a su paso siembra el dolor, el desconsuelo, el pecado y la muerte. Por eso, tratándose del Espíritu Santo, tanto en la vida personal como en la experiencia eclesial, hay que aprender a discernir su presencia.

3. El silencio del Espíritu Santo

Y para eso, un secreto. Para conocer mejor al Espíritu Santo, se requiere hacerse amigo del silencio. Es verdad que, de vez en cuando, el Espíritu se manifiesta clamoroso, como en Pentecostés. Sin embargo, el soplo suave es muy propio del Espíritu, como acontece al profeta Elías a quien habla en la brisa de la tarde. Su lenguaje lo saben captar los grandes hombres y mujeres del silencio: como María en la Anunciación, José en el lenguaje de los sueños, y el mismo Jesús que se dejó ungir y llevar en su vida por el Espíritu de Dios.

Así también lo experimentaron esos santos de la vida interior, como Santa Teresa de Ávila, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Asís, Santa Teresita de los Andes. Todos ellos y muchísimos más, se han dejado fecundar por el Espíritu de Dios, y han dado a luz a una presencia novedosa del Señor Jesús, a lo largo de los tiempos.

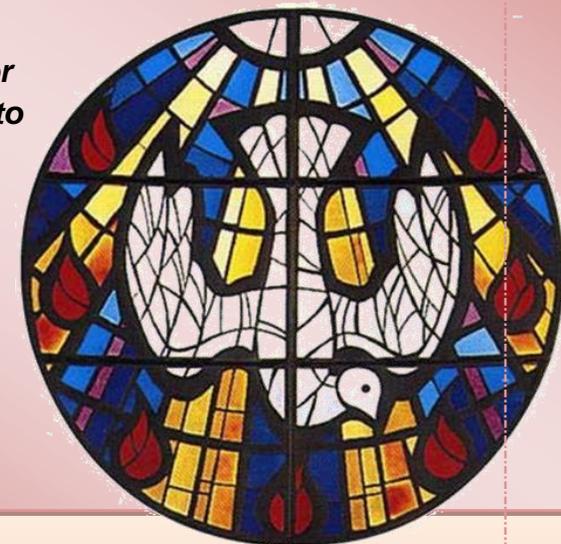
San Agustín lo llama “el huésped silencioso de nuestra alma”. Y el catecismo agrega que “con frecuencia este huésped habla bajito dentro de nosotros, por ejemplo, en la voz de nuestra conciencia o mediante otros impulsos internos y externos. Ser templo del Espíritu Santo es estar en cuerpo y alma a disposición de este huésped” (YouCat 120).

¡Así como Jesucristo es Dios CON nosotros, el Espíritu Santo es Dios EN nosotros!

Lucas es, de manera singular, el evangelista del Espíritu Santo, tanto en la vida de Jesús como en los primeros años de la vida eclesial, narrados en los Hechos de los Apóstoles.

Siguiendo ese derrotero podremos comprender mejor la presencia del Espíritu tanto en nuestra vida y vocación personal como en la vida de la Iglesia.

Esta visión se enriquece teológicamente con la promesa del Espíritu en el cuarto Evangelio.



II. JESÚS Y EL ESPÍRITU SANTO

1. Llenos del Espíritu Santo

Los primeros capítulos del Evangelio de Lucas están jalonados por la presencia del Espíritu Santo, cuyo punto culminante es la Anunciación, en que el Espíritu Santo cubre con la suavidad de una nube las entrañas purísimas de la Virgen María y encarna en ella al Señor Jesús (Lc 1,35). Es el signo sacramental de la acción del Espíritu en nosotros y en la Iglesia: lo suyo es ser “Dador de Vida”, como decimos en el Credo. Y esa Vida tiene nombre: lo suyo es gestar a Jesús (¡Vida!) en el corazón de la persona y de la Iglesia.

En estos primeros capítulos Lucas nos narra que el Espíritu no sólo gesta la vida de Jesús en el vientre de una Virgen, sino la de Juan Bautista en una mujer estéril por causa de su edad. De éste se dice que estuvo “lleno del Espíritu Santo desde el vientre materno” (Lc 1,15). Y “llenos del Espíritu Santo” están sus padres, Zacarías e Isabel, y también el anciano Simeón quien “se guiaba por el Espíritu Santo” (Lc 2,26). Y llena del Espíritu, más que nadie, es la Virgen María que recibe del ángel el nombre de “llena de Gracia”.

2. El Espíritu Santo conduce los pasos de Jesús

Cuando Jesús inicia su misión y se hace bautizar por Juan “se abrió el cielo y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma de paloma” (Lc 3,22), mientras el Padre proclamaba que este era su Hijo amado a quien hay que escuchar. Entonces, “lleno del Espíritu Santo” [...] volvió al río Jordán y el Espíritu

lo llevó al desierto, donde el espíritu del mal lo puso a prueba” (Lc 4,1-2).

En este contexto entendemos mejor por qué, al regresar a su pueblo, donde nadie era consciente de la misión de Jesús, ahora se presenta lleno del Espíritu Santo y con una conciencia plena de su propia misión. Él es el Cristo, el Mesías, que ha sido consagrado por el Espíritu en el bautismo del Jordán y puede decir con Isaías:

*“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado
para llevar la buena noticia a los pobres,
me ha enviado a anunciar la libertad a los presos
y dar vista a los ciegos;
a poner en libertad a los oprimidos;
a anunciar el año favorable del Señor”
(Lc 4,17-19).*

3. Gestar la vida, cuidarla, ungir, enviar, bendecir, pedir

Por lo tanto, propio del Espíritu de Dios es gestar la vida, ungir (consagrar) a los elegidos, animar en la misión a los enviados y todo esto para anunciar vitalmente que ha comenzado en la historia el tiempo de la gracia del Señor.

Sin ser exhaustivos, el mismo evangelista nos cuenta que el Espíritu también está en el origen de la oración de bendición:

*“En aquel momento, Jesús,
lleno de alegría por el Espíritu Santo, dijo:*

*Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra,
porque has mostrado a los sencillos
las cosas que escondiste de los sabios y
entendidos.
Sí, Padre, porque así lo has querido”.*
(Lc 10,21)

Así también nos da la clave de la oración de petición: más que pedir cosas o mandas interesadas, ésta consiste en pedir la gracia del Espíritu Santo. Y con el Espíritu en el corazón podemos acceder a lo que realmente necesitamos simplemente porque Él y el Padre ya lo saben:

*“Pues si ustedes, que son malos,
saben dar cosas buenas a sus hijos,
¿cuánto más el Padre que está en el cielo
dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan?” (Lc
11,11-13).*

En fin, el Espíritu Santo no sólo está presente en la oración. Él está al comienzo de nuestras inspiraciones y nos sostiene en su realización, e incluso pone en nuestros labios la palabra oportuna, sobre todo cuando tenemos que dar razón de nuestra esperanza:

*“Cuando los lleven a ustedes a las sinagogas,
o ante los jueces y las autoridades,
no se preocupen por saber cómo van a
defenderse
o qué es lo que van a decir,
porque cuando les llegue el momento de hablar,
el Espíritu Santo les enseñará lo que deben decir”*
(Lc 12,11-12).

III. LA IGLESIA Y EL ESPIRITU SANTO

1. Y quedaron llenos del Espíritu Santo

Largo sería señalar cada presencia del Espíritu Santo en la Iglesia naciente. Lo que es claro es que en ella se cumple la promesa de Jesús cuando los apóstoles, unidos en oración junto a la madre del Señor, “quedan llenos del Espíritu Santo” en una experiencia singular. Los signos son el viento impetuoso, unas lenguas como de fuego y el hecho de hablar una lengua que todos comprenden (Hch 2,3-4). Exactamente la antítesis de Babel en que los hombres quisieron endiosarse y terminaron sin comprenderse, a pesar de hablar la misma lengua.

Después de esta unción del Espíritu a la primera comunidad, se cumple también lo anunciado pocos días antes por el Señor Jesús:

*“Cuando el Espíritu venga sobre ustedes,
recibirán poder y saldrán a dar testimonio de mí,
en Jerusalén, en toda la región de Judea y de
Samaría,
y hasta en las partes más lejanas de la tierra”*
(Hch 1,8).

Y es tal la potencia del Espíritu Santo que, siguiendo la historia de los apóstoles y de sus enviados, así como el testimonio posterior de quienes fueron por ellos evangelizados, sabemos que Pedro llegó a Roma, Andrés a Constantinopla, Tomás a India, Marcos a Egipto, Santiago a España, Pablo apóstol incansable de los gentiles, y así se fue propagando el Evangelio.

Volviendo a la mañana de Pentecostés, aprendemos que el Espíritu Santo hace desbordar de alegría a los apóstoles, anunciando tiempos nuevos para toda la humanidad, y de entusiasmo a sus oyentes de tantas proveniencias, que se hacen bautizar en el Nombre del Señor:

“Esta promesa es para ustedes y para sus hijos, y también para todos los que están lejos; es decir, para todos aquellos a quienes el Señor nuestro Dios quiera llamar” (Hch 2,38-39).

2. La imposición de manos

Este Espíritu Santo que los apóstoles han recibido de manera espontánea, como don de Dios Padre que cumple la promesa de Jesús, empieza a recibirse en la Iglesia por medio de la oración acompañada de la imposición de manos, tanto después del Bautismo como cuando se confiere una misión:

“Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén supieron que los de Samaria habían aceptado el mensaje de Dios, mandaron allá a Pedro y a Juan. Al llegar oraron por los creyentes de Samaria para que recibieran el Espíritu Santo.[...] Entonces Pedro y Juan les impusieron las manos y así recibieron el Espíritu Santo” (Hch 8, 14-17).

Es lo que sucede a Saulo que queda “lleno del Espíritu Santo”, por medio de Ananías (Hch 9,17-18), el fiel discípulo de la comunidad perseguida. De esa manera se va

extendiendo la presencia del Espíritu en la Iglesia, tanto en el sacramento de la Confirmación como en el sacramento del Orden. Y si observamos con mayor detalle, nos daremos cuenta que en todos los sacramentos de la fe hay una imposición de manos que expresa la presencia viva del Espíritu Santo que, de esa manera, “santifica” y consagra (“unge”) a la Iglesia.

3. El Espíritu, don de la Iglesia para el mundo

El Espíritu Santo no es un don individual. Lo recibimos en la comunión de la fe para poner nuestros talentos y servicios al servicio de la comunidad. De ahí que, cuando la Iglesia se reúne solemnemente en un Concilio, el Espíritu Santo convoca, inspira y envía. Y los reunidos en el nombre del Señor pueden invocar su autoridad, como lo hacen en el primer “Concilio” de Jerusalén, cuando hubo de discernirse un asunto tan serio como qué exigencias que se pondría a los paganos para entrar en la Iglesia. La declaración solemne del Concilio dice así: “es decisión del Espíritu Santo y nuestra no imponerles nada salvo las cosas indispensables...” (Hch 15,18).

Sin embargo, el Espíritu no está encadenado. Toda persona que nace es fruto de la creación de Dios Padre que la engendra a la vida por obra y gracia del Espíritu Santo. Por eso en el mundo, también entre personas no creyentes y muchos que jamás han oído hablar del Espíritu, como los creyentes de Éfeso, encontramos profetas como Gandhi, y varones y mujeres virtuosas que han hecho progresar el mundo desde las letras, las ciencias, la técnica y el arte, en sus multifacéticas expresiones.

IV. VIVIR EN EL ESPÍRITU SANTO o LA VIDA EN EL ESPÍRITU

1. La promesa del Espíritu Santo

Así como la esperanza en la Resurrección de los muertos no era un tema desarrollado en el Antiguo Testamento, y por eso produce una viva discusión entre los fariseos y los saduceos, la “Vida en el Espíritu”, era una realidad que se anhelaba. Son preciosos los textos de Jeremías 31,31-34 y Ezequiel, hablando de la transformación del corazón gracias a la efusión del Espíritu de Dios:

*“Derramaré sobre ustedes un agua pura que los purificará:
de todas sus inmundicias e idolatrías los he de purificar;
y les daré un corazón nuevo, y les infundiré un espíritu nuevo;
arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra,
y les daré un corazón de carne.*

*Les infundiré mi Espíritu,
y haré que caminen según mis preceptos,
y que guarden y cumplan mis mandatos.*

*“Ustedes serán mi pueblo y yo seré vuestro Dios”
(Ez 36,25-28).*

Esta promesa también encuentra lugar en el ministerio de Jesús. El Evangelio de Juan lo sitúa en los últimos capítulos, en el contexto de la última cena, cuando Jesús empieza a

anunciar la inminencia de su partida. Entonces les dice a los discípulos:

*“no los dejaré huérfanos [...] yo pediré al Padre que les envíe otro Defensor (Paráclito) que estará siempre con ustedes: el Espíritu de la verdad, que el mundo no puede recibir”
(Jn 14,15-18).*

*“El Espíritu Santo que les enviará el Padre en mi nombre, les enseñará todo y les recordará lo que yo les he dicho”
(Jn 14,26).*

Él “los guiará hasta la verdad plena” (Jn 16,13).

2. El cumplimiento de la promesa

Esta promesa se cumple, en primer lugar, el Viernes Santo: Jesús “expira”, al morir en la Cruz, entregando su aliento vital, como ese “soplo” de Dios para la vida a Adán y Eva, en la primera creación. Este mismo Jesús que asciende a los cielos, con un gesto de bendición en sus manos, cumplirá esta bendición con el envío del Espíritu Santo en Pentecostés. Es la gran bendición de Dios, la gran unción de Dios a la humanidad, que consiste en entregarnos la Persona viva del Espíritu Santo que sigue haciendo la obra del Padre entre nosotros.

El Espíritu nos hace hijos de Dios:

Los apóstoles ya no tienen ninguna duda: los bautizados somos “hijos de Dios”, “miembros de la familia de Dios”, “coherederos del Reino de Dios”, y todo esto gracias al Espíritu Santo que habita en nosotros como en su templo:

“Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Ustedes no han recibido un Espíritu que los haga esclavos, para caer de nuevo en el temor, sino que han recibido un Espíritu que los hace hijos adoptivos y nos permite clamar: “Abba”, es decir, “Padre”. Ese mismo testimonio se une al nuestro para juntos dar testimonio de que somos hijos de Dios” (Rom 8,14-17).



El Espíritu nos conduce a la vida y a la paz:

De esta manera, la persona que vive según el Espíritu y se deja guiar por sus criterios, se ve liberada del pecado y de la muerte, y encuentra la vida y la paz:

“Ya no pesa, por tanto, condenación alguna sobre los que viven en Cristo Jesús, porque la ley del Espíritu que da vida nos ha liberado por medio de Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte.

Porque los que viven según sus apetitos, a ellos subordinan sus criterios; pero los que viven según el Espíritu, tienen criterios propios del Espíritu. Ahora bien, guiarse por los criterios de los propios apetitos lleva a la muerte; guiarse por los del Espíritu conduce a la vida y a la paz” (Rom 8,1.5-6).

El Espíritu ora en nuestro interior:

En el corazón de los hijos nace la oración, es decir, el deseo de escuchar al Padre y de abrirle nuestro corazón, de la misma manera como Jesús lo hacía reiteradamente en su vida terrena. Sólo que nosotros no sabemos orar. “Enséñanos a orar”, le pidieron los discípulos a Jesús. Enséñanos a orar le pedimos al Espíritu Santo y he aquí su respuesta:

“Asimismo el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos orar como es debido, y es el mismo Espíritu el que intercede por nosotros con gemidos que no se pueden expresar. Por su parte, Dios, que examina los corazones, conoce el pensar de ese Espíritu, que intercede por los creyentes según la voluntad de Dios” (Rom 8,26-27).

3. Vivir en el Espíritu de Dios

La Iglesia cree en el Espíritu Santo, que es “Señor y Dador de Vida”, como lo recitamos en el credo. Y dando vida lo vemos desde la primera página de la Creación como la gallina que va empollando la Palabra que el Padre pronuncia, haciéndose cargo de esa vida a lo largo de toda su existencia.

Esto lo experimentamos los cristianos a partir de la Vida nueva y definitiva que recibimos en el Bautismo “por el agua y el Espíritu” (Jn 3,5). Es Él quien nos hace experimentar el amor incondicional de Dios, Él quien nos guía en nuestro actuar, si lo dejamos hacer, Él quien nos lleva a colaborar en la nueva creación, Él quien produce frutos buenos en nosotros:

“Los frutos del Espíritu son: amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre, y dominio de sí mismo. Ante esto no hay ley que valga. Ahora bien, los que son de Cristo Jesús han crucificado sus apetitos desordenados junto con sus pasiones y malos deseos. Si vivimos gracias al Espíritu, comportémonos también según el Espíritu” (Gal 5,22-25).

Podríamos seguir: hay muchas referencias al Espíritu Santo en los escritos del Nuevo Testamento. Hay también el testimonio de la Iglesia naciente y de los Padres de la Iglesia. Y está la vida de los santos, fruto logrado de la presencia del Espíritu de Dios. Eso lo dejamos en manos del lector,

mientras recita con gratitud el final del Credo: “Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la Comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la Resurrección de la carne y la Vida eterna”, himno sucinto a la obra portentosa del Espíritu de Dios.



ORACIONES AL ESPÍRITU SANTO

1. Ven, Espíritu Santo

Ven Espíritu Santo
y envía desde el cielo
un rayo de tu luz.

Ven, Padre de los pobres,
ven dador de las gracias,
ven lumbre de los corazones.

Consolador óptimo,
dulce huésped del alma,
dulce refrigerio.

Descanso en el trabajo,
tranquilidad en el ardor,
consuelo en el llanto.

Oh luz santísima,
llena lo más íntimo
de los corazones de tus fieles.

Sin tu ayuda nada hay en el hombre
nada que sea inocente.

Lava lo que está manchado,
riega lo que es árido
cura lo que está enfermo.

Doblega lo que está rígido
calienta lo que está frío
dirige lo que está extraviado.

Concede a tus fieles que en Ti confían,
tus siete sagrados dones.

Dales el mérito de la virtud,
dales el puerto de la salvación,
dales el eterno gozo. Amén. Aleluya.

Liturgia de Pentecostés



2. Ven, Espíritu Creador

Ven, Espíritu Santo creador,
ven a visitar el corazón
y llena con tu gracia viva y eficaz
nuestras almas, que Tú creaste por amor.

Tú, a quien llaman el Gran Consolador,
don del Dios altísimo y Señor,
eres vertiente viva, fuego que es amor,
de los dones del Padre el dispensador.

Tú, Dios, que plenamente te nos das,
dedo de la mano paternal,
eres tú la promesa que el Padre nos da;
tu palabra enriquece hoy nuestro cantar.



Los sentidos tendrás que iluminar,
nuestro corazón enamorar,
y nuestro cuerpo, frente a toda tentación,
con tu fuerza constante habrás de reafirmar.

Lejos del opresor aparta ya,
tu paz danos pronto, sin tardar;
y, siendo nuestro guía, nuestro conductor,
evitemos así cualquier error o mal.

Danos a nuestro Padre conocer,
a Jesús, el Hijo, comprender,
y a Ti, Dios, que procedes de su mutuo amor,
te creamos con sólida y ardiente fe.

Alabemos al Padre nuestro Dios,
y a su Hijo, que resucitó;
también el Santo Espíritu Consolador,
por los siglos de los siglos, gloria y bendición.

Liturgia de Pentecostés